

## Migraciones sutiles

Sergio González Rodríguez\*

De acuerdo con el diccionario, las migraciones, por definición, se refieren a los desplazamientos colectivos de una sociedad a otra. Sin embargo, dentro del mismo fenómeno, es posible distinguir una incidencia que podría denominarse efecto migratorio transgeneracional.

Semejante concepto ubicaría las secuelas de una migración en el ámbito personal/subjectivo. Pienso, en particular, en las migraciones que han producido familias o individuos, con un conjunto de huellas íntimas que se recuperan con el paso del tiempo, y cuyo contorno sutil evoca las siguientes preguntas: ¿Qué parte de uno registra mejor el hecho de que nuestro padre y nuestra madre provenían de provincias distintas y que en otra ciudad se conocieron y procrearon? ¿Existirá un impulso secreto que conduce a las personas que provienen de una migración a prolongar algún ámbito nómada, así sea en el ámbito de una región o microterritorio? ¿Los hijos de migrantes tenderán a repetir patrones a favor o en contra de una nueva migración generacional?

La respuesta a preguntas tan arduas de responder sólo quiere apuntar que, en el vasto oficio de desentrañar el azar y sus patrones, suele hallarse una verdad conocida: no existe causalidad, sino destino. Y toda práctica migratoria implica el cumplimiento de un destino que adquiere su perfil claro cuando se indaga en la memoria familiar y, luego, en la más íntima que lleva cada persona.

¿Cómo aproximarse a tal ejercicio anamnésico aquello que combate el olvido? Quizás el mejor método sea recordar los desplazamientos a la escala más cotidiana: las mudanzas de domicilio. En ellas se ejerce un simulacro, en el sentido militar de la palabra, de lo que representa a escala colectiva un desplazamiento de familias, grupos o etnias.

El abandono de una casa, de un barrio, de un itinerario acostumbrados y la consecuente adopción de un conjunto de costumbres nuevas implica una conciencia del desarraigo, del fin y del recomienzo, del valor de un trayecto que guarda una esperanza de por medio: mudar para mejorar, o del dolor por la pérdida de algo irremediable, todas ellas vivencias de la mayor profundidad humana. Ya se ha dicho que el mapa cotidiano implica una apuesta personal y de calidad contra la impersonalidad de lo público y sus asperezas.

Las frases literarias lo dicen todo: hay que saber perderse para después encontrarse. O bien, conocer una ciudad es saber perderse en ella. Asimismo: adonde quiera que vayas, llevarás la misma ciudad a cuestas. El hecho de que las migraciones sean resultado de un acto voluntario o de un imperativo o mandato violento que rebasa los deseos individuales, nada cambia las cosas. El peso de lo perdido adquiere un linde metafísico que, en su patetismo nostálgico, oscurece la promesa, incluso el logro de una vida pródiga rehecha en otro confín. La sabiduría de la especie lo confirma: toda migración es, sobre todo, una pérdida. Una suerte de eco de un paraíso real o ficticio que se deja atrás. No en balde nacer es migrar.



Por el contrario, podría afirmarse lo siguiente: quien migra avanza, nunca retrocede. No puede reducirse la realidad de quien se desplaza al sentimiento pungente de una pérdida, porque la necesidad histórica siempre triunfa sobre el pasado. Quien juzga el cambio como un agravio cometido contra la entereza de un mundo previo, niega la capacidad de progresar y de sobrevivir que tienen los hombres y las mujeres. Puede haber grandes recuerdos, evocaciones hermosísimas acerca de un reino originario, fervores alrededor de que todo tiempo pasado fue mejor, pero nadie podrá destruir la realidad de que el futuro determina nuestras percepciones de lo acontecido o ya muerto.

Migrar es renacer.

Ambas ideas, como puede columbrarse, se complementan una respecto de la otra. Pero mientras que la primera, la de signo nostálgico, privilegia la primacía del tiempo, la segunda, de signo promisorio, anida en el espacio: en ella, desplazarse es dominar, apropiarse de un territorio tan corpóreo como imaginario, en tanto que la otra fantasmagoriza una anterioridad siempre intangible y anhelada. El aura irrepetible. En medio de dichos polos, se ensimisma el o la migrante.

\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

Si la persona migrante llega a ubicarse en el centro, funge como un equilibrista en un juego de oscilaciones que desafían el vértigo de sus decisiones. La experiencia radical de la migración se convierte, así, en una tarea de equilibrio ante el imán donde domina el tiempo, o bien, el espacio. Se diría que, bajo el coqueteo de la trivialidad que parece esconder todo axioma, quien favorece la opción temporal se ajusta al modelo pesimista, a la vez que quien elige lo espacial se entrega al optimismo. De allí debe provenir otra frase literaria de uso común: pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad.

Las migraciones acontecen, pues, en un plano de resonancias espirituales que rebasan lo fenomenológico, pero que se expresan mediante diversos fenómenos individuales y colectivos, si bien todos se remiten a la metamorfosis de un deseo que se fosiliza en recuerdos. Escribió Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*:

Al hombre que cabalga largamente por tierras selváticas lo acomete el deseo de una ciudad. Finalmente llega a Isidora, ciudad donde los palacios tienen escaleras de mármol incrustadas de caracoles marinos, donde se fabrican según las reglas del arte largavistas y violines, donde cuando el forastero está indeciso entre dos mujeres encuentra siempre una tercera, donde las riñas de gallos degeneran en peleas sangrientas entre los apostadores. Pensaba en todas estas cosas cuando deseaba una ciudad. Isidora es, pues, la ciudad de sus sueños; con una diferencia. La ciudad soñada lo contenía joven; a Isidora llega a edad avanzada. En la plaza está la pequeña pared de los viejos que miran pasar la juventud; el hombre está sentado en fila con ellos. Los deseos son ya recuerdo.

Para bien o para mal, hay, pues, una dinámica del deseo en el fondo de las migraciones. Y un estigma ilusorio que



Col. Foto Fija

propulsa las migraciones, así se perciban éstas desde el resentimiento o la rebeldía de quienes fueron desarraigados. Cabe añadir que esta ilusión es la apariencia de un vestigio de lo sagrado.

Existe un ejemplo canónico al respecto: el pueblo gitano, al que se ha descrito como el pueblo viajero, el migrante de lo absoluto por excelencia. Como lo ha puntualizado Joaquín Albaicín en su ensayo *Los clavos de Cristo y las puertas de Damasco*, los gitanos caminan en pos del sol pero en un sentido contrario, debido a un mandato sagrado por haber procrastinado tras un gesto piadoso en entregar el cuarto clavo que crucificaría a Cristo. El castigo inmemorial sería la itinerancia hasta el fin de los tiempos:

A partir de entonces, guiado por el clavo, por la columna de fuego, emprenderá la marcha en sentido contrario, hacia Occidente, hacia donde el sol se pone, en busca, como cuenta otra de nuestras leyendas tradicionales, de la morada donde el astro rey duerme por las noches, tratando de dar por el camino opuesto con el destino final de su viaje: la Puerta del Paraíso (cfr. revista *Axis Mundi* 2, segunda época, tercer cuatrimestre, 1997).

La búsqueda del paraíso por el sendero opuesto reviste una importancia primordial para entender el misterio subyacente en todas las migraciones. En la fábula gitana, raza de domadores de caballos, herreros, juglares, existen los elementos narrativos que construyen un arquetipo: la transgresión originaria, el rasgo patético, la condena atávica, el designio espiritual, la circularidad contraria, la persistencia guerrera.

Migrar, al fin, es ascender. ●

